

Espiritualidad de la liberación. Un legado de Gustavo Gutiérrez

[Documento]

Fray Ricardo Ernesto Torres Castro, O. P.¹

Recepción: 25/02/25
Aprobación: 14/03/25

Citar como:

Torres Castro, R. E. (2025). *Espiritualidad de la liberación. Un legado de Gustavo Gutiérrez*. *Revista Albertus Magnus*, 16(1), 153-160. <https://doi.org/10.15332/25005413.10940>



Introducción

Desde que Gustavo Gutiérrez propuso en la Iglesia la teología de la liberación (Gutiérrez, 1971), se comprendió que de ella emergía una espiritualidad arraigada en la praxis del Evangelio, donde el pobre se convierte en una opción preferencial. Esta espiritualidad no es una simple ideología política ni un trabajo social, sino una expresión genuina del misterio de la Encarnación en la realidad social de América Latina. Su espiritualidad se basa en el compromiso con los pobres como un eje central del Evangelio y, por lo tanto, su afirmación de una fe cristiana debería traducirse en una acción concreta a favor de la justicia social. Muchos han afirmado que, más que una espiritualidad, se trata de una idea política, o de un simple trabajo social. Nada de eso, la espiritualidad de la liberación tiene un lugar en el misterio de la Encarnación de un evangelio presente en la realidad social de este rincón del mundo.

La espiritualidad de la liberación no separa la fe de la historia. Gutiérrez entiende que la espiritualidad cristiana debe responder a las injusticias del mundo. No puede quedar encerrada en templos alejados de la realidad ni sumergida en la indiferencia, sino que debe abrirse al sufrimiento y la esperanza de los pueblos.

Ese ver, que es el principio sobre el cual se desarrolla su método teológico, nos sitúa en una dimensión comunitaria de la fe donde los pobres, las víctimas de diversos conflictos, los campesinos, negros, indígenas, los más débiles, todos los excluidos y marginados, se congregan como comunidad, especialmente en movimientos populares y Comunidades Eclesiales de Base (CEBs), y pueden verse reflejados en ese Cristo clavado en la cruz fruto

¹ Fraile dominico de la provincia San Luis Beltrán de Colombia. correo electrónico: ricardoopco@yahoo.es
ORCID <https://orcid.org/0000-0003-2680-4560>

de las injusticias de su tiempo, en esa cruz donde emerge el más vivo deseo de que el mismo pueblo que allí se ve reflejado pueda bajarse de esa cruz sangrienta y dolorosa. La realidad histórica de la cruz y la experiencia de la resurrección nos anima a caminar en la esperanza y la alegría a pesar del horror de tanta injusticia social.

Recordamos cómo en el transcurso de nuestro seguimiento, en clave de identificación de la realidad y nuestro lugar en ella, se nos permite ver. Igualmente, a la luz del mismo camino podemos identificar cuál es esa realidad que nos interpela y nos reclama un praxis compasiva y empática que responda eficazmente a un amor igualmente eficaz, como lo expresaba Camilo Torres Restrepo, lo que denominamos otra forma el juzgar. Posteriormente, luego del ver y el juzgar se nos invita a actuar con pasión y compasión desde el elemento fundamental de la acción transformadora de los cristianos en sus ambientes y para la superación del divorcio entre la fe y la vida.

Este compromiso con la realidad se articula en el método *ver, juzgar y actuar*, que la iglesia latinoamericana adoptó en Medellín y reafirmó en Puebla y Santo Domingo. Este proceso también incorpora el “revisar” y el “celebrar” como momentos clave en la pastoral juvenil (cf. SD 119). Más que una metodología, este esquema representa un estilo de vida y una espiritualidad que descubre la presencia de Dios en la historia, impulsa la conversión personal y promueve la transformación social.

Desde sus inicios, más que una metodología, el *ver juzgar y actuar*, y si se quiere *revisar y celebrar*, son hoy un estilo de vida y una espiritualidad, que vive y celebra el descubrimiento de la presencia de Dios en la historia, la actitud de conversión personal continua y el compromiso para la transformación de la realidad, porque, para Gutiérrez, el camino que denominamos conversión no es solo un cambio personal, sino un compromiso con la transformación de la sociedad.

La espiritualidad de la liberación, comprendida desde el método descrito, comprende simultáneamente y, a la vez de manera similar, tres momentos importantes: el encuentro, la palabra y la acción. La espiritualidad de la liberación es fuente de una experiencia esperanzadora que impulsa a luchar por un mundo más justo aquí y ahora. La espiritualidad de Gutiérrez, en este sentido, no es solo contemplativa, sino que lleva a la acción concreta en favor de los excluidos donde propone que la cercanía con los pobres es un encuentro con Cristo mismo (Mateo 25, 40).

El itinerario, que nos lleva a beber en su propio pozo, parte de un momento de encuentro con el maestro, que nos impulsa a la conversión, al cambio de vida, a asumir una vida en el espíritu para, finalmente, lanzarnos con misericordia absoluta a un encuentro definitivo con el padre. Juan nos presenta una escena donde estos tres pasos se dan y son el reflejo más presente que nos da Gustavo en su libro:

Al día siguiente estaba Juan con dos de sus discípulos. Viendo pasar a Jesús, dice:
Ahí está el cordero de Dios. Los discípulos, al oírlo hablar así siguieron a Jesús. Jesús se

volvió y, al ver que le seguían, les dice: ¿Qué buscan? Respondieron: Rabí —que significa Maestro—. ¿Dónde vives? Les dice: vengan y vean. Fueron, vieron donde vivían y se quedaron con él aquel día. Eran las cuatro de la tarde. (Juan 1, 35-40)

Momento de encuentro

Una vez puesto el piso del método sobre el que pienso sentar esta reflexión y de tener una comprensión más amplia y para todos de nuestro caminar en la Iglesia, la clave que debe estar presente para que esta espiritualidad nos haga sentir como parte de ella es el seguimiento a Jesús. Este lenguaje del seguimiento lo hemos entendido desde muchas miradas, sin embargo, la que nos presenta Gustavo Gutiérrez tiene resonancia en la tesis que por muchos años se instaló en la Iglesia, donde primero hay que asumir para luego seguir. ¿Será más correcto y seguro iniciar un proceso de seguimiento para luego si asumir lo que estamos siguiendo? ¿Tendremos mayor éxito asumiendo y reconociendo el mensaje y al mensajero para después discernir si lo seguimos o no?

El seguimiento de Jesús es el eje de esta espiritualidad. En *Beber en su propio pozo*, Gutiérrez (1984) describe el itinerario espiritual del pueblo latinoamericano en busca de su identidad cristiana. Este camino está marcado por la pregunta de Jesús a los primeros discípulos: “¿Qué buscan?” (Jn 1,38). El encuentro con Jesús no es solo un acto de fe individual, sino una experiencia comunitaria. La historia es el lugar donde Dios se revela y actúa, y en ella se da el compromiso cristiano. La espiritualidad de la liberación invita a asumir este llamado con radicalidad, promoviendo un compromiso social decidido.

Albert Nolan, en *Jesús Hoy*, afirma que el centro de la teología no es el dogma, sino la espiritualidad. Se requiere actualizar las categorías teológicas para hacerlas comprensibles y relevantes para el mundo actual. La fe debe traducirse en acción, no solo en ritos vacíos. Este artículo pretende mostrar y demostrar que el centro, el eje y la clave de la espiritualidad cristiana es el seguimiento de Jesús (Castillo, (2004, p. 9), aunque ella goce de tan poca audiencia, quizá por el talante “radical”, que se interesa por un compromiso social decidido y mucho más desafiante que una orientación general de la Iglesia que fomenta más la religión que la justicia, que pone el grito en el cielo si se profana un templo, pero no protesta igualmente cuando se allana la vivienda de los pobres (p. 12).

Lo que hace Gustavo Gutiérrez en su libro es precisamente propiciar la necesidad de nuevas categorías en la que el pueblo se siente caminando, en itinerario hacia el seguimiento de Jesús. Se trata de tomar en las manos el agua viva del pozo que es la Palabra de Dios:

Al día siguiente estaba Juan con dos de sus discípulos. Viendo pasar a Jesús, dice: Ahí está el cordero de Dios. Los discípulos, al oírlo hablar así siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, al ver que le seguían, les dice: ¿Qué buscan? Respondieron: Rabí —que significa Maestro—. ¿Dónde vives? Les dice: vengan y vean. Fueron, vieron donde vivían y se quedaron con él aquel día. Eran las cuatro de la tarde. (Juan 1, 35-40)

Gracias al acontecimiento de la Encarnación, las promesas puestas desde antiguo y las esperanzas del presente convergen en una persona: Jesús. El primer capítulo del evangelio de Juan, marca la ruta del gran misterio de la Encarnación. Se presenta a Jesús como la palabra eterna de Dios, que desciende en la historia humana, haciéndose carne en Jesús de Nazaret con la misión de revelar a los hombres el misterio salvador de Dios. Al igual que en los sinópticos, en el evangelio de Juan, el Bautista sigue dando testimonio de la grandeza de Jesús. Lo particular en Juan es que el testimonio del Bautista guía y acompaña, a la vez que dispone a sus discípulos para un encuentro y promueve el seguimiento como único modo posible de espiritualidad.

La confesión de que Jesús es el Mesías y que está entre nosotros, literalmente “entre nosotros” y que no le conocemos, pone al pueblo Judío como a nosotros mismos, en un constante desafío: ¿cómo reconocer al que está entre nosotros? Para responder a esta cuestión, tendríamos que hacer una revisión de cómo Dios se está revelando en el mundo, en la actualidad, cómo se está encarnando en nuestra historia. Isaías profetizaba al pueblo y les pedía que “no recuerden lo de antaño, no piensen en lo antiguo; miren que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notan?” (Is 43, 18-19). Isaías nos invita al *ver, juzgar y actuar* como condición de posibilidad de un *Kairós* para nuestra vida. Se trata de asumir que, como cristianos, nos enfrentamos, en términos de Ignacio Ellacuría, a un triple reto: “Cuando además de hacerse cargo de la realidad (momento noético), y de cargar con la realidad (momento ético), uno se encarga de la realidad (momento práxico)” (Ellacuría, 1975, p. 419).

Momento de la palabra

Retomemos al profeta Isaías, quien nos pone las condiciones para iniciar un itinerario tal cual no lo presenta Gustavo Gutiérrez. En primer lugar, hay que olvidarse del pasado y poner los ojos en lo nuevo². Hay que llegar a tal punto que seamos capaces de percibir lo que está brotando; se trata, definitivamente, de un momento de escucha de su palabra, de entender cómo se nos revela en una palabra que es buena noticia.

La teología de la liberación parte de la palabra de Dios como fundamento de la fe. Esta no es un simple conocimiento teórico, sino un llamado a la justicia. En *Éxodo 3,7-10*, Dios escucha el clamor del pueblo oprimido y actúa en la historia. En el libro *Jesús, hoy*, Albert Nolan presenta los signos de nuestro tiempo, extremadamente complejos y siempre cambiantes. Aunque acá demos una mirada rápida a lo que está sucediendo, de seguro nos daremos cuenta de que los signos de nuestro tiempo son, cuando menos, alarmantes, no solo porque ahora podemos ver que estamos viviendo al borde del caos, sino también porque

² Me refiero a los signos propios que la realidad va mostrando, no a las tradiciones ni doctrinas. Se trata de ver lo nuevo que presenta el mundo y cómo nosotros también estamos llamados a dar respuestas y formular preguntas ante las nuevas realidades.

parece que nos encontramos ante la posibilidad real de dar un salto gigante hacia delante en nuestra historia y nuestra evolución (Nolan, 2011, p. 25). Los signos de nuestro tiempo apuntan al futuro. Nos desafían de tal forma que no nos muestran siempre un camino.

Hoy vivimos en una sociedad marcada por la desigualdad y la desesperanza. El posmodernismo ha relativizado las certezas y ha convertido la espiritualidad en una necesidad urgente. La palabra de Dios no es neutra: denuncia la injusticia y anuncia la esperanza de liberación. Es una voz para los que han sido silenciados y una guía para transformar la realidad.

La Palabra no solo debe ser escuchada, sino puesta en práctica en la historia de una comunidad de creyentes que traducen su fe en acción social, política y comunitaria. Hoy, el signo de resistencia más fuerte que tenemos en nuestra esfera social es proclamar la fe en Jesús de Nazareth, de la manera como se nos reveló, palabras y obras, inspirados en Santiago 2,14-17, que enfatiza que la fe sin obras está muerta.

La reflexión después del Holocausto y de los nuevos enfrentamientos sociales, tecnológicos y políticos empezó a tener tintes de muchos tonos, nada puros, siempre alarmantes. El tema del progreso humano se empezó a trivializar cuando se justificaron muchos acontecimientos nefastos para salvaguardar la soberanía de los pueblos. La destrucción ecológica es el vivo ejemplo de ello. El posmodernismo, como signo de los nuevos tiempos, lleva en su contenido una profunda renuncia a todo tipo de certezas. Todo se cuestiona. Pero también se libera la mente y todo tipo de opinión es válida, perdiendo fuerza y rigor y, por ende, la centralidad en lo fundamental.

La mayoría de los seres humanos viven en un estado de desesperación, tratando de encontrar formas de cómo distraerse con el fin de no ver las duras realidades de nuestro tiempo. Algunos se refugian en las bebidas, las drogas, el suicidio. Otros encuentran seguridad en la riqueza y en las propiedades. Resulta comprensible que otro tanto se refugie en el deporte, el entretenimiento o el sexo para distraer la atención de las preocupaciones de la vida (Nolan, 2011, p. 25). Cuántos de nosotros no asumimos algunos de los refugios antes mencionados o nos ideamos otros que, al ponerle el disfraz de “lo que debemos hacer”, nos hace terminar más reducidos que cualquiera. El excesivo cuidado por la liturgia, así como el descuido de uno mismo por cuenta del trabajo, hace que nos olvidemos de un mundo que sufre a nuestro alrededor.

La respuesta que más importancia ha tenido el posmodernismo es la *espiritualidad*. No vista como una forma de huida. *La espiritualidad* es comprendida por esta razón como uno de los signos actuales de nuestro tiempo. Recuerdo que en mi tiempo de formación institucional con los Dominicos iniciamos un proyecto que llamado la banda “Blanco y Negro”. Queríamos predicar la Palabra y, con la disculpa de la música, nos fuimos acercando a las parroquias de Bogotá, nos dimos cuenta cómo la sola presencia, nuestra alegría, nuestra juventud y los ánimos que le poníamos a esa experiencia de predicación contagiaba a las

personas, quienes valoraban lo que hacíamos. Sin duda, años después creo que fuimos parte del itinerario espiritual liberados de muchas personas que, inclusive, siempre nos acompañaron por las parroquias predicando la Palabra.

Es evidente que en la actualidad muchas personas sienten “hambre de espiritualidad” y que están tomando conciencia de su necesidad.

Gutiérrez destaca que la lectura de la Palabra en comunidad fortalece la identidad de los pobres como sujetos de su propia liberación. En las comunidades, la Palabra se convierte en un medio para la toma de conciencia y organización social. Luego de escuchar la Palabra, algunos sienten la necesidad de algo que les dé fuerza interior para afrontar la vida. Otros, la experimentan al verse a sí mismos destruidos, desintegrándose y por eso buscan algo que les dé unidad, cohesión. Otros sin embargo, heridos y maltratados, aislados y diluidos. Todos ellos, anhelando armonía, sienten la necesidad de entrar en contacto con el misterio que está más allá de lo que podemos ver, oír, oler, gustar, tocar o pensar más allá.

Momento de la acción

Solo los discípulos se interesan por seguir al señor y por convertirse de corazón en lo que Él predicaba. El discipulado parte de esa experiencia de encuentro con Jesucristo. Ese encuentro tiene unas características propias: encuentro de amistad, cuya iniciativa parte de Dios. Encuentro en la libertad y en el caminar en el Espíritu. La pregunta de Jesús, “¿qué buscan?”, pone a los discípulos en marcha hacia un itinerario, una travesía que se dirige a la morada de Dios, lugar donde habita la verdad como sentido definitivo de toda espiritualidad. Este itinerario parte del encuentro con Cristo, sigue con la vida en el Espíritu predicada por medio de la Palabra y termina con el camino que nos lleva al padre, que siempre es un camino en acción.

¿Qué buscan? Esta es la pregunta que Jesús les hace a los discípulos una vez puestos ellos en marcha. Esta vez, Jesús no motiva el seguimiento, sino que lo hace Juan, pero sí permite que este sea efectivo para que den testimonio de la verdad que mora en el lugar donde habita Jesús. No hay fe donde no hay seguimiento de Jesús; y no hay seguimiento de Jesús donde no hay movimiento. Hay que ponernos en marcha, ¡a la carga! No hay seguimiento de Jesús donde no hay liberación de las ataduras que nos fijan a un sitio, a una situación, a una posición determinada, a una forma de instalación, sea la que sea. El seguimiento es libertad. El seguimiento de Jesús comporta dos realidades fundamentales: cercanía y movimiento. Jesús fue un desinstalado, una especie de nómada, que nunca se quiso afincar en un sitio concreto. Seguir a Jesús es dejar el sitio donde se está, es dejar lo que se tiene, es salir y caminar (Castillo, 2004, p. 22).

Respondieron: Rabí —que significa Maestro—. ¿Dónde vives? La espiritualidad es caminar en libertad según el espíritu de amor y de vida. Ese andar tiene su punto de partida

en un encuentro con el señor. Esta dimensión es la primera del itinerario que nos plantea Gustavo Gutiérrez. El encuentro se entrecruza por dos preguntas: ¿dué buscan? y ¿dónde vives? Pareciera, como decíamos anteriormente, que la motivación del encuentro fue hecha por el Bautista; sin embargo, es Jesús quien dirige la pregunta. El encuentro está marcado por la iniciativa divina: “Por eso les he dicho que nadie puede venir a mí, si no le ha sido dado por el padre” (Jn 6, 65). En este sentido, una experiencia espiritual se halla siempre al inicio de un itinerario espiritual. Esta experiencia, es comunicada a la comunidad, interiorizada y vivida. La espiritualidad no es, por tanto, el campo de aplicación de una determinada teología sino la vivencia propia del cristiano.

De acuerdo con lo anterior, esta experiencia de fe exige de las mismas espiritualidades un retorno constante a las fuentes que la inspiraron. Un volver a beber de su propio pozo. La imagen del pozo de agua resulta sugerente en este tema porque, la espiritualidad es como el agua viva que surge del fondo mismo de la experiencia de fe. La vida significada en esa agua nos es dada por el encuentro con el señor. Beber en su propio pozo es una experiencia espiritual en el sentido fuerte de la expresión. Es vivir el *kairós*.

La experiencia de los discípulos con Jesús, bebiendo del pozo de la vida, está configurada por los verbos *ver*, *palpar* y *seguir*. De esta manera, ese encuentro con el Señor es antes que nada ser encontrados por Él, así de ese encuentro, descubrir dónde vive (testimonio) y cuál es la misión que nos confía (comunicación). El discipulado implica movimiento. Jesús fue un nómada, siempre en camino. Seguirlo significa romper con estructuras injustas y asumir una vida de entrega. No hay fe sin seguimiento ni seguimiento sin transformación.

Esta experiencia de conversión, de iniciar una vida en el Espíritu se ve amenazada por el *individualismo*, que se presenta en profunda crisis, ya que la persona logra identidad en la medida en que se aparte del resto. La libertad y la felicidad se confunden con independencia y autosuficiencia. Esto es llevado a todos los planos, evidenciando que con normas establecidas se busca individualizar hasta los escenarios más comunitarios. Necesitamos con urgencia trabajar por algo más, como el bien común (Linden, 2003, p. 16).

Juan no olvidó la hora en que se encontró a Jesús. Dice el texto que eran las cuatro de la tarde. Gustavo Gutiérrez deja claro que como todo hecho que marca nuestra vida, el recuerdo de ese encuentro permanece con detalle y deja huellas indelebles. No importa seguramente para nosotros que ese encuentro se diera a las diez o las tres, más sin embargo, para el autor *sagrado* es importante y por eso lo registra. Todos tenemos de esos “cuatro de la tarde” en nuestras vidas, momentos fuertes de encuentros con el Señor en los que se alimenta nuestra espiritualidad. Son el pozo al que una y otra vez vamos a beber.

Una vez los discípulos vieron donde vivía el maestro, se quedan con Él. Estar con Jesús, creer en sus palabras, es también asumir su práctica; porque una profesión de fe sin seguimiento es incompleta. ¿Dónde mora en tu vida Jesús? ¿Dónde está Jesús a pesar de....?

¿Cuál es el lugar de encuentro con el Señor? Hace unos años, el teólogo Johann Baptist Metz describía que la historia de la humanidad, al menos durante el periodo de tiempo del que se conservan documentos escritos, ha sido una “historia de sufrimiento”. Las grandes conquistas militares, los grandes descubrimientos científicos y tecnológicos, las grandes instituciones económicas y sociales estuvieron acompañadas por el sufrimiento humano. Latinoamérica lo ha visto muy de cerca.

El *Documento de Puebla* (1979) describe los rostros de la pobreza en América Latina: niños desnutridos, jóvenes sin oportunidades, campesinos explotados, obreros mal remunerados, ancianos marginados y desplazados sin hogar (Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1979). Ante esta realidad, la espiritualidad de la liberación no puede ser indiferente. La conversión no es solo personal, sino también social. Gustavo Gutiérrez nos invita a beber del pozo de la vida, a recordar los momentos de encuentro con el Señor que han marcado nuestra vida y a traducir nuestra fe en acción concreta. En palabras de Ignacio Ellacuría, debemos “hacernos cargo de la realidad, cargar con ella y encargarnos de transformarla”. Esta es la esencia de una espiritualidad encarnada y comprometida con la justicia y la liberación.

Referencias

- Castillo, J. M. (2004). *El seguimiento de Jesús*. Ediciones Sígueme.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (1979). *Documento de Puebla: Conclusiones de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*.
- Ellacuría, I. (1975). Hacia una fundamentación del método teológico latinoamericano. *ECA*, 30(322-323), 445-457.
- Gutiérrez, G. (1984). *Beber en su propio pozo: en el itinerario espiritual de un pueblo*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Linden, I. (2003). *El nuevo mapa del mundo*. Darton Longman & Todd.
- Nolan, A. (2011). *Jesús, hoy. Una espiritualidad de libertad radical*. Sal Terrae.